

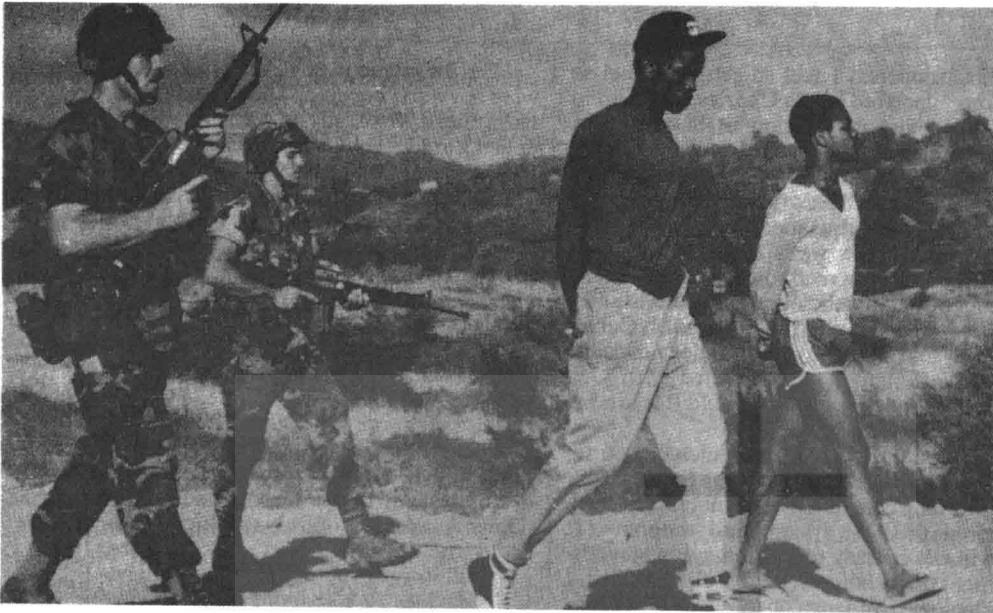
## ESTACAZO IMPERIAL: ABUSO Y MENTIRA EN GRENADA

Hacia ya algún tiempo que venía fraguándose una crisis al interior del Movimiento Nueva Joya de Grenada, sobre todo por un creciente desacuerdo entre la política moderada del Primer Ministro, Maurice Bishop, y los planteamientos más radicales de su Viceministro, Bernard Coard. El 13 de octubre, tuvo lugar un pequeño golpe palaciego y Bishop fue puesto bajo arresto domiciliario; seis días más tarde, varios miles de sus partidarios lo liberaron de su confinamiento y lo pasearon en triunfo por St. George's hasta Fort Rupert, donde fuerzas militares lo volvieron a apresar y lo fusilaron junto con varios de sus partidarios, entre ellos tres ministros del gobierno. El 25 de octubre, fuerzas aéreas y navales de los Estados Unidos, que en un momento llegaron a totalizar más de 6,000 efectivos, invadieron la minúscula isla del Caribe con un gran despliegue de barcos, aviones, helicópteros y toda clase de armamento. Otros seis países caribeños, Antigua, Barbados, Dominica, Jamaica, Santa Lucía y San Vicente, enviaron una fuerza simbólica de 300 soldados. La resistencia de las fuerzas grenadinas pronto se disolvió frente a la desproporcionada magnitud de los invasores, aunque estos minusvaloraran su capacidad así como la disposición combativa de la misión cubana, que les causó un número de bajas relativamente elevado. El día 27 de octubre, en un discurso televisado a todo su país, el presidente norteamericano, Ronald Reagan, presentó la invasión como una heroica operación de salvamento. Pocos días después, Estados Unidos vetó una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas condenando la invasión, pero no pudo impedir que la misma resolución condenatoria fuera aprobada por la Asamblea General, en una abrumadora votación de 108 votos a favor, 9 en contra (los países invasores más Israel y El Salvador) y 26 abstenciones.

Las encuestas de opinión estadounidense han mostrado que una mayoría relativa de la población de ese país apoya la invasión a Grenada, aunque muchos no estén del todo claros que ésa fuera la mejor solución y piensen que el señor Reagan echa mano demasiado pronto y con demasiada facilidad del recurso militar. No dejó de sorprender a los norteamericanos la repulsa universal casi unánime que la invasión ha producido, incluso en aliados de credenciales conservadoras y hasta coloniales tan poco dudosas como la señora Thatcher. Aunque lo menos que se podía decir era que la indiferencia estadounidense frente a las reservas británicas a la invasión, además de suponer una ofensa a Su Majestad la Reina, constituía un procedimiento infortunado en momentos en que se discutía la instalación de nuevos cohetes en los países europeos y que se cuestionaba si su utilización estaría bajo el control de los países involucrados o sólo de los Estados Unidos. El mensaje implícito en el proceder norteamericano inquietaba a los europeos, y con razón.

Parte de la sorpresa del público norteamericano ante la aparente incompreensión de sus aliados pudo disiparse a medida que aparecía que la operación de rescate no lo había sido tanto, que su gobierno había estado ocultando y distorsionando la información, y que incluso el propio presidente, una vez más, había argumentado en base a pura ideología, al error factual o simplemente a la mentira. Lo cual apartaba el problema de Grenada de la órbita de "los rehenes del Irán" o del emplazamiento de cohetes en Cuba para llevarla al ámbito menos limpio y heroico de los estacazos a lo Monroe y los engaños a lo Watergate.

En un discurso tenido el 14 de noviembre, Fidel Castro mencionó diecinueve mentiras usa-



das por el gobierno de Estados Unidos para justificar la invasión de Grenada, trece de las cuales fueron formuladas por el propio Reagan. Pero no hace falta recurrir a Castro para desenmascarar la verdad de la invasión; un detallado informe del 6 de noviembre de **The New York Times** pone de relieve numerosas “afirmaciones oficiales engañosas”, otras parciales y selectivas, orientadas a “presentar favorablemente las acciones del gobierno”, y otras que involucraban “distorsiones deliberadas y juicios de hecho conscientemente falsos”. Por algo se impidió durante dos días el acceso de la prensa a Grenada y durante varios más se filtró toda información sobre los hechos, en lo que Edward M. Joyce, presidente de la CBS News, consideró que no sólo era una censura militar, sino también una censura política. Ciertamente, al público norteamericano no le hubieran gustado ciertos datos sobre la invasión; por ejemplo, que los “heroicos liberadores” habían bombardeado en sus primeras acciones un hospital mental, matando a no menos de veinte pacientes e hiriendo a otros muchos.

Tres han sido, en conjunto, las justificaciones empleadas por Reagan y su gobierno para invadir Grenada: (1) proteger la vida de los ciudadanos norteamericanos, en especial la de unos centenares de estudiantes de medicina; (2) anticiparse a los cubanos, que tendrían planeado convertir Grenada en una base soviética para ex-

portar la revolución a toda América Latina; y (3) responder al llamado de otros países caribeños, atemorizados ante el peligro del comunismo que representaba Grenada.

Fue el fantasma de los “rehenes del Irán” lo que daba fuerza pública al argumento de proteger la vida de los norteamericanos en Grenada, y por eso se utilizó; pero se trataba a todas luces de un argumento especioso y demagógico, un argumento fácil “para la galería”, no sólo por estar basado en apreciaciones distorsionadas, sino por lo absolutamente desproporcionado de los hechos que pretendía justificar. Tanto las autoridades grenadinas como los propios cubanos habían dado al gobierno norteamericano toda clase de garantías respecto a sus ciudadanos y habían ofrecido facilidades para que, si así lo deseaban, pudieran ser evacuados. En ningún momento los norteamericanos en Grenada fueron molestados y, como dijo Castro, “si algo los puso en peligro, fue la propia guerra desatada por Estados Unidos”. Por eso, este argumento fue pronto dejado de lado como justificación a la invasión.

El segundo argumento tiene un aire inconfundible a la Administración Reagan, convencida **a priori** de que la mano de los “rusos” está detrás de todo aquello que no le gusta, desde la política sandinista hasta las manifestaciones pacifistas en Europa, desde la guerra en el Líbano hasta la defensa de los derechos civiles que en vi-

da realizara Martin Luther King. Lo paradójico —y revelador— es que el gobierno de Estados Unidos está cometiendo aquellos mismos desafueros contra los que dice luchar y de cuya intención acusa a los “ruso-cubanos”. Así, para evitar los males que hipotéticamente traería “el comunismo”, realiza por sí mismo o permite realizar a sus gobiernos amigos esos mismos males u otros peores.

En ningún momento Estados Unidos ha probado que Cuba tuviera plan alguno de ocupar Grenada, y más bien el gobierno cubano había expresado el 20 de octubre su condena al asesinato de Bishop y sus reservas graves frente a los nuevos gobernantes. Todas las noticias concernientes a los cubanos en Grenada fueron sistemáticamente distorsionadas, obligando después a una continua letanía de rectificaciones: en efecto, no había más de mil cubanos, sino los menos de 700 reconocidos por La Habana; no, no eran militares en su mayoría, sino constructores; sí, era un aeropuerto civil, y no militar lo que se estaba construyendo; no, no había presencia militar soviética alguna ni tampoco ingentes cantidades de armas o municiones en la isla; efectivamente, los tratados bilaterales no contemplaban nada que se pareciera a una base militar rusa o a un centro para exportar el terrorismo. ¿Qué quedaba entonces del argumento? Una vez más, el fantasma ideológico del “comunismo agresor”, el espantajo obsesivo de una confrontación omnipresente entre el este y el oeste, repetido por la poderosa máquina propagandística norteamericana.

Resta el tercer argumento, la solicitud de los otros países caribeños, atemorizados por el “comunismo” en Grenada. No está claro que la iniciativa para invadir la isleta proviniera de sus vecinos, mientras hay datos de que el gobierno de Reagan ya había barajado esa alternativa: el primer ministro de Barbados reconoció que el 15 de octubre, antes del asesinato de Bishop, ya le habían propuesto los norteamericanos una “operación de rescate”, y el embajador estadounidense en Francia indicó que la invasión “había empezado dos semanas antes” de su ejecución. Pero, partiera de quien partiera la iniciativa, se trata de un argumento grave donde los hay, sobre todo por lo que supone para las relaciones internacionales. Es natural que los países vecinos de Grenada estuvieran preocupados por la evolución de los acontecimientos; pero no hay base en el derecho internacional para que una crisis inter-

na desencadene una agresión externa. Si el desagrado o temor experimentado por el gobierno de un país hacia sus vecinos le diera derecho para imponer allí su parecer, se habría vuelto a la ley de la selva. Es decir, de la fuerza bruta. El propio gobierno norteamericano reconocería implícitamente la invalidez de este tercer argumento cuando recurrió al artificio de hacer declarar al Gobernador General de Grenada, Sir Paul Scoon, que él había solicitado la intervención, poniendo en un brete al gobierno de Su Majestad británica.

La inconsistencia de las justificaciones norteamericanas, el rápido cambio de unas por otras, la cínica indiferencia ante el desenmascaramiento de las falsedades y mentiras muestra que no se trata de una cuestión de argumentos, sino de intereses creados; que no es asunto de razones, sino de poder. La argumentación de Reagan no se basa en la fuerza de la razón, como ingenuamente le reclamaba la señora Thatcher, sino en la razón de la fuerza. En última instancia, ésa es la única “razón” que le queda al gobierno de Reagan y el punto en el que cuenta con más respaldo entre su población: se trata de eliminar al “comunismo” de América y del mundo entero, incluso aunque “el comunismo” fuera la opción de los pueblos; se trata de suprimir toda forma de gobierno que no convenga al siempre creciente y cada vez más englobante “interés nacional” de Estados Unidos, incluso si para ello hay que usar la maquinaria bélica. Si esto no constituye una forma clara de imperialismo, y del más burdo, habrá que reformar el diccionario, que lo define como el sistema que busca “extender la dominación de un Estado sobre otro u otros por medio de la fuerza”.

No cabe duda que la invasión a Grenada es una seria advertencia a Nicaragua, como lo es el continuo apoyo norteamericano a los “contras” o las gigantescas maniobras militares desarrolladas en Honduras, convertida hoy en una base regional para operaciones de fuerza anti-comunista. Es evidente la disposición de Reagan a forzar la caída de los sandinistas y a impedir por todos los medios —cualquier medio— el acceso al poder de los revolucionarios salvadoreños. Aunque era innecesaria, la señal ha sido entendida por unos y otros. Pero también ha sido captada por el resto de los países latinoamericanos y la comunidad internacional, no poco atemorizada por los procedimientos de la actual administración estadounidense. Porque, de Asia a Europa,



del Medio Oriente a Centromérica, el gobierno de Reagan parece no tener más solución a los problemas que la estrictamente militar, ni más argumento para su política que los rifles de sus **marines**.

Los grenadinos tienen que comenzar de nuevo. Tristes o contentos, conformes o disconformes con la invasión, el hecho es que la estaca del **Big Brother** no les ha dejado crecer y, apenas liberados del período colonial, han vuelto a ser privados de su derecho a decidir su propio destino. Una vez más se ha repetido el patrón de com-

portamiento político de Estados Unidos hacia América Latina, la política de las cañoneras. Queda por ver si, al menos en esta ocasión, tratándose de un país tan pequeño, el estacazo norteamericano sirve para algo más que para romper unas cuantas cabezas de negros o indios; es decir, queda por ver si, dentro de unos años, no tendrán que volver a intervenir los **marines**, para liberar de otra "amenaza comunista" a un pueblo levantado en contra de la miseria, la opresión y la injusticia.

I.M.B.